

gren, pues sus nombres están escritos en los cielos <sup>1</sup>. Pidamos, pues, cada día por el Corazon de Jesus que Dios nos dé la perseverancia final: y la obtendremos, si lo hacemos con humildad y confianza.

AFFECTOS.

He hallado el Corazon de mi Rey, de mi hermano y benignísimo amigo Jesus, y por Él rogaré á mi Dios. ¡O hermosísimo Jesus! Lávame mas y mas de mi iniquidad y límpiame de mi pecado, para que, purificado por ti, pueda acercarme á ti, que eres la pureza por esencia, y merezca habitar en tu Corazon todos los dias de mi vida <sup>2</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

DIA XXXIII.

*Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente*

MEDITACION.

DEL FRUTO DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. No es posible tener una devocion verdadera al Corazon de Jesus, sin ir adquiriendo, junto con la meditacion de sus virtudes admirables, un conocimiento de Dios, cual podemos poseer en este mundo, en el cual nuestra fe nos lo muestra

<sup>1</sup> Div. Bernard. Serm. 3 de Pass.

<sup>2</sup> Div. Bern. Serm. 3. de Pass. Dom.

oculto tras el velo de misterios inefables, consolándonos con la esperanza de verlo algun dia cara á cara. Es este el primer fruto de esta devocion, pues siendo Jesucristo el camino, la verdad y la vida <sup>1</sup>, y no pudiendo ninguno ir á su Padre sino por él, quien quiera conocer al Padre celestial, no tiene mas que mirar atentamente al Hijo: porque el mismo nos dice que *quien ve á él, ve á su Padre* <sup>2</sup>; que no es posible conocerlo á él, sin conocer al que lo engendra semejante á sí, igual y consustancial: y que tanto sus palabras como sus obras son una prueba irrefragable de que su Padre lo ha mandado al mundo <sup>3</sup>, para que lo ilumine con su doctrina, lo confirme con su verdad y le enseñe el camino de la verdadera dicha.

Desde que Jesus aparece entre nosotros, no es ya su Padre aquel Dios, cuya voz no se atreven á oír los hombres, de miedo de morir <sup>4</sup>: ni aquel sér terrible y majestuoso, que al hablar como legislador por el ministerio de sus ángeles, manifiesta la presencia de su gloria increada entre torbellinos de fuego, entre truenos, relámpagos y ecos de clarines aterradores <sup>5</sup>. Todas aquellas diferentes maneras con que Dios se dejó ver de los Patriarcas, instruyéndoles y hablándoles como Criador y Señor, como Juez y remunerador, se han reducido á una sola, y es que habla ya á los hombres, como Padre lleno de amor y benevolencia, enseñándoles por medio de su Hijo cuál es su naturaleza, cuáles sus atributos, cuánto su amor á los mismos hombres, y cuán

<sup>1</sup> Joan. cap. 14. vv. 6. 7.

<sup>2</sup> Id. v. 10.

<sup>3</sup> Ibid. v. 18.

<sup>4</sup> Joan. cap. 14. v. 9.

<sup>5</sup> Éxod. cap. 20. v. 19.

grande es el deseo que tiene de que estos sean felices, amándolo á él sobre todas las cosas.

Sí, es Dios todo amor y caridad, y nada nos lo dice mejor, que aquel Corazon de su Hijo, que arde en las llamas que han de abrasar la tierra <sup>1</sup>: es todo paz y misericordia, y basta para conocerlo, escuchar las voces dulcísimas, con que Jesus convida á todos á que vayan á hallarla en su Corazon <sup>2</sup>: es infinitamente santo y justo, y bien nos lo dan á entender las incomprensibles humillaciones, á que se ha condenado este Corazon divino por borrar el pecado, y satisfacer por el hombre la deuda infinita, y librarlo de la pena eterna en que incurriera: es infinitamente sabio y poderoso, y en nada aparecen tan sorprendentes estas perfecciones, como en la union inefable que tienen en Jesus lo infinito y lo limitado, lo humano y lo divino, lo terreno y lo celestial. Todas las criaturas publican la existencia del Sér divino: los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia su sabiduría: las estrellas lo bendicen, el sol y la luna lo ensalzan, y toda la naturaleza celestial, terrestre, animada é inanimada, predica sus grandezas. Pero, ¿qué valen estos testimonios, y qué significan estas voces al lado del testimonio del mismo Dios hecho hombre? Jesus es el único, que puede enseñarnos cuál es la naturaleza del Padre, porque es su Hijo consustancial; cuál es su gloria, porque es su resplandor increado; y cuál es su sustancia, porque reside en él toda la plenitud de la Divinidad.

¡Qué escuela tan admirable nos abre Dios en el Corazon de Jesus, para que aprendamos á conocer

<sup>1</sup> Luc. cap. 12. v. 49.

<sup>2</sup> Matth. cap. 11. v. 29.

sus perfecciones y atributos! Las cosas invisibles de la Divinidad se ven en las criaturas, considerándolas con atencion <sup>1</sup>; mas, despues que el Dios invisible tomó nuestra naturaleza; despues que Jesucristo ha dicho, que él y su Padre son una misma cosa en la naturaleza divina <sup>2</sup>; que ha salido del Padre y vino al mundo para salvarlo <sup>3</sup>, y que, despues que subiese al cielo, enviaria al Espíritu Santo <sup>4</sup>, que procede del Padre, para santificarlo, nada resta ya que manifestarnos, pudiendo decir con santo regocijo, que conocemos á Dios con tanta lucidez, como si lo viéramos <sup>5</sup>. ¡Ah! Si queremos tener un conocimiento grande de Dios, busquémoslo en el mismo Dios, acudiendo al Corazon de su Hijo Jesus, que es el *camino de la conversacion santa, la verdad de la doctrina divina, la vida de la bienaventuranza eterna* <sup>6</sup>. O Corazon divino, venero de todos los tesoros, manantial de toda sabiduría y fuente de toda luz, yo no quiero poseer otra ciencia sino la tuya, ni recibir otras inspiraciones mas que las que proceden de tu seno santísimo: porque estas solas me enseñarán á conocer la santidad infinita de Dios, para conformarme á ella en mis obras; su belleza incomprensible, para consagrarla todos mis afectos; y mi nada y miseria, para humillarme.

PUNTO SEGUNDO. Para amar á Dios, es necesario recibir de él mismo la gracia que nos viene junto

<sup>1</sup> Rom. cap. 1. v. 20.

<sup>2</sup> Joan. cap. 10. v. 30.

<sup>3</sup> Ibid. cap. 16. v. 28.

<sup>4</sup> Ibid. cap. 15. v. 26.

<sup>5</sup> Auditū auris audivi te: nunc autem oculus meus videt te. (Job. cap. 42. v. 5.)

<sup>6</sup> Div. Leo, Serm. 4 de Resurrect.

con el conocimiento de sus perfecciones, que nos da la fe divina: porque no basta para amarlo, el solo conocimiento que tengamos por la razon ó la experiencia, no pudiéndonos unir á él por caridad, si él mismo no nos llama y santifica. Conocian á Dios los filósofos, guiados por las luces de la razon, y no lo glorificaron <sup>1</sup>: lo conocen los impíos é incrédulos, y quisieran que no existiese, para que no los castigara <sup>2</sup>: lo conocen los pecadores, y lejos de amarlo lo ofenden cada dia: lo conocen, mas que todos, los espíritus malos, teniendo experiencia de su justicia, y sabiendo que es la santidad infinita y la bondad suma, y sin embargo, tiemblan ante él y lo detestan <sup>3</sup>. Mas, cuando el alma se acerca al Corazon de Jesus, para aprender en él las perfecciones de la Divinidad, va hácia el Hijo traída amorosamente por el Padre <sup>4</sup>, y ama con tanta mayor eficacia, cuanto es mayor el conocimiento, que Dios la inspira, de su belleza infinita, tocando así al último grado de perfeccion, que consiste, no solo en conocer la verdad, sino en amarla.

Es este otro fruto, que sacamos de la devocion al Corazon de Jesus, cuyo amoroso seno no podemos mirar, sin ver al momento cuanto Dios ha hecho por nosotros para que lo amemos. Es preciso que conozcamos nuestra miserable condicion, la cual necesita ser estimulada al amor divino por medio de los favores; pues debiéramos amar á Dios, porque es infinitamente bueno, santo y justo, y por las perfecciones inefables de su naturaleza increada: mas, mientras

<sup>1</sup> Rom. cap. 1. v. 21.

<sup>2</sup> Psalm. 13. v. 2.

<sup>3</sup> Jacob. cap. 2. v. 19.

<sup>4</sup> Joan. cap. 6. v. 44.

estamos vestidos de esta carne miserable, que nos arrastra á la corrupcion, y hasta que no lleguemos á ver á Dios, como él es, en el cielo, ¡cuán difícilmente nos podremos internar en la contemplacion de aquel océano inmensurable de las perfecciones divinas! Pero sea bendito el Eterno Padre, que nos mandó á su Hijo, para que en él viéramos retratadas sus bellezas infinitas y nos extasiáramos en su contemplacion; y para que al mismo tiempo tuviéramos siempre ante nuestros ojos cuánto ha hecho Dios por nosotros, como Padre amoroso, como Criador y Redentor, y lo amáramos, porque él nos amó primero y dió su vida por salvarnos, ya que no lo amábamos por habernos sacado de la nada. Esto hizo el Padre: mas, ¿qué no hizo el Hijo?

Jesus nos presenta su Corazon, como una memoria perenne de lo mucho que nos ama; y si estamos en contacto con Él, se cumplirá en nosotros lo que Él mismo anunció por su Profeta diciendo: *que se convertirán á Él, cuantos conozcan y tengan presentes los esfuerzos que hizo para salvarnos* <sup>1</sup>. En este Corazon reside, no la representacion, sino la realidad del amor infinito, que Dios nos tiene: tomó sobre sí nuestros pecados, entregando su vida por borrarlos, y para conseguirlo, se hizo víctima del mas acerbo dolor y fué despedazado por tristezas mortales. Miles de azotes han descargado sobre su cuerpo, y todos han resonado en este santuario de la caridad divina: horribles espinas han pasado su cabeza, y todas han agujereado el Corazon amante: tres clavos han suspendido el Cuerpo sagrado en un madero, y su

<sup>1</sup> Psalm. 21. v. 28.

crueledad ha llegado hasta lo mas íntimo del Corazon de Jesus. ¿Quién puede echar sobre Él una mirada, sin contar las bofetadas, los insultos y las blasfemias, con que Jesus ha sido herido, denostado y anatematizado?

No solo es Jesus la luz que ilumina á todo el que viene á este mundo, sino el volcan encendido de donde nos viene el amor, que debe unirnos á Él. ¿Podremos oir sus voces dulcísimas, con que nos convida con una felicidad eterna, que nos ha ganado con sus humillaciones infinitas, sin que se conmuevan nuestros corazones? ¿Podremos contemplar su Corazon, derramando sangre, sin agradecersele? ¿Podremos verlo cubierto de ludibrios, sin derramar una lágrima, y enamorado todo Él de nuestra bajeza, sin que arrebatase nuestros afectos? ¡Ah! ¿Qué hijo no ama á su padre? ¿Qué ingénuo no ama á quien le dió la libertad? ¿Qué privado no afeciona al príncipe que lo ha ennoblecido? Dios es nuestro Padre, que nos ha adoptado por hijos en su propio Hijo, que nos ha dado libertad en su sangre, y nos ha prometido una herencia en el cielo, unida á su mismo patrimonio eterno; y no es posible mirar al Corazon de Jesus, sin que se nos presenten todas esas finezas del amor infinito de Dios hácia nosotros. Meditemos por tanto cada dia en la pasion de Jesucristo, para que crezca en nuestros corazones el fuego del amor divino. ¡Qué mal empleados son aquellos afectos de nuestras almas, que no nos conducen á Jesus! ¡Qué desgracia es la de los que aman la tierra, el mundo, sus placeres y sus glorias falsas! *Te seguiremos, pues, ó Señor; pero llámanos tú, para que te sigamos, pues ninguno puede subir á ti sin tu santo auxilio. Tú eres el camino, la verdad, la vida*

*la posibilidad, la fe, el premio: recíbenos como camino, confírmannos como verdad, vivifícanos como vida*<sup>1</sup>.

## DOCUMENTOS.

Son innumerables los frutos que resultan á las almas, de la devocion al sagrado Corazon de Jesus, lo que Él mismo se dignó manifestar á la Beata María Margarita, diciéndola estas palabras: «Las personas religiosas que practiquen esta devocion, recibirán tantos auxilios de gracia, que bastarán á restablecer entre ellas el fervor primitivo y la mas exacta observancia, aun en las comunidades menos arregladas á que pertenezcan: y si en ellas estuviere vigente la regularidad de vida, crecerá en ellas el fervor, y llegarán á la perfeccion de su estado. Y si los que se consagran al ministerio de la salvacion de las almas, estuvieren penetrados de una tierna devocion á mi Corazon, encontrarán en Él los medios de mover á dolor y penitencia á los pecadores mas endurecidos, y verán coronadas sus fatigas con los mas consolantes resultados.»<sup>2</sup> Todo esto refiere esta alma inspirada de Dios.

## MÁXIMAS Y PROPÓSITOS.

Si pretendemos entrar en el cielo, es preciso que, conociendo á Dios, lo amemos: mas, para conocerlo y amarlo, nos ha de iluminar su Hijo que es sol de justicia, y nos ha de inflamar el fuego de su caridad eterna. Fuera de Jesus no encontraremos sino tinie-

<sup>1</sup> Div. Ambr. lib. de bon. mort.

<sup>2</sup> Vida de la Ven. María Marg. lib. 6. al fin por M. Languet.

blas, que oscurezcan nuestro entendimiento, y hielo que endurezca nuestros corazones. Prometamos, pues, al Señor tener una devoción pura, inocente y fervorosa á su Corazon santísimo. Será pura, si nuestros sentimientos son conformes á los de Jesus: será inocente, si nuestras acciones son reguladas por sus preceptos: será ferviente, si meditando día y noche en los excesos de amor de ese Corazon divino, suspiramos por unirnos á Jesus por amor. ¡Ah! *El que no ama á Jesus, no entrará en su reino* <sup>1</sup>.

AFFECTOS.

He de amarte, Señor, fortaleza mia, mi refugio y mi libertador. Porque tú, ó Señor, esclareces mi antorcha, dándome luz para conocer los peligros, y espero que siempre me alumbrarás y me conducirás por la mano, hasta que me lleves á tu reino, sacándome de este mundo, cantando á tu nombre santo un himno de victoria <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Cor. cap. 16. v. 22.

<sup>2</sup> Et super excelsa deducet me victor in psalmis canentem. (Habacuc. cap. 3. v. 19.)

DEVOTO TRIDUO  
AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.



DIA PRIMERO.

*Arrodillado devotamente ante el Santísimo Sacramento, ó ante alguna imagen del Sagrado Corazon de Jesus, se dirá el Acto de contrición, y en seguida la siguiente*

ORACION PREPARATORIA.

Dulcísimo Corazon de Jesus, que en el instante en que el Verbo divino se unió á nuestra naturaleza, recibiste del Eterno Padre la unción de alegría, y por tu perfectísima justicia y tu odio á la iniquidad santificaste la tierra con tu presencia, y empezaste á ser el Rey de todos los corazones, que habian de correr en pos de tus virtudes, enamorados de tu infinita caridad, y de los dones del Espíritu Santo, que recibiste en toda su plenitud, dignate acoger con benignidad nuestros sentimientos de humilde adoración, con que te alabamos y bendecimos, recordando el gozo inefable que tuviste en aquel momento, porque empezaba ya la obra de nuestra redención. Concédenos, Señor, los auxilios necesarios,